

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferracarril, 20, IBUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATÓGRÁFICA

N.º 223

25 cts.



LA ———
POBRE RICA

POR
FLORENCE VIDOR
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 223

LA POBRE RICA

Comedia americana, PRODISCO, interpretada
por los siguientes artistas:

Lucio Merrimore.. *Charles French*
Elena *FLORENCE VIDOR*
Mario Levingstone. *MALCOLM MACGREGOR*

Producers Distributing Corporation

Distribuidores para España

JULIO - CESAR, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EDITH JOHNSON

LA POBRE RICA

Argumento de la película

A todo el que sin ambiciones desmedidas ni vanidad, trabaja honradamente, el pródigo Oeste norteamericano le da riqueza y bienestar.

Uno de los que más mimados fueron por la diosa fortuna, se disponía a separarse de la exuberante tierra para cambiar de ambiente, en favor de sus negocios y de su hija Elena.

Lucio Merrimore era ese afortunado, opulento propietario de una mina de oro.

Nueva York era la gran ciudad a la que se trasladaba en busca de posición social.

Así, mientras él vencería en las esferas comerciales, Elena, la adorable criatura llena de ingenuidad, se apoderaría de los medios elegantes. Tratábase, pues, de un verdadero plan de invasión.

Las numerosas amistades de los Merrimore despidieron a Elena con mucho pesar por la separación.

No había conocido envidias de nadie la simpática millonaria, porque, a pesar de su inmensa riqueza, había sabido conservarse exquisitamente sencilla.

Muchos jóvenes, de posición más o menos sólida, suspiraban por sus sonrisas, y alguno que otro, porque eso es irresistible, sentía asimismo la atracción de la dote.

Elena no había entregado su corazón a nadie, y si alguna vez se fijó en algún admirador, fué por olvidarle presto, convencida de que podía haber entre los dos simpatía, mas nunca amor.

La fortuna de Merrimore no era única y absolutamente la de la mina; sino su hija. Por la felicidad de Elena daría el millonario cuanto poseía, y más todavía.

Elena sabía lo que ella significaba para su padre, que la consideraba su obra maestra con un orgullo muy legítimo e indiscutible, y correspondía a su incomparable cariño compenetrándose con todos sus deseos y actos.

Al proyectar el viaje a Nueva York, Merrimore había prometido a su hija que allí encontraría un excelente partido para su corazón, y la dulce muchacha, que como todas las de sus años había soñado más de una vez con alguien presentido, dejándose mecer en sus brazos como si la ficción fuese espléndida realidad, abrió ya su pecho, camino de la nueva residencia, para recibir en él al hombre que le había designado el Destino.

Se operó un cambio notable en la vida de Elena al poco de llegar a Nueva York.

Las fiestas eran el plato de cada día, y ya empezaba a moverse un tanto en los maravillosos salones, cuando llegó a su conocimiento que lo que ella creía sonrisas no era nada más que risitas burlonas.

¡Qué amargura!

Merrimore estaba ajeno a ello. Manejando sus millones como vulgares cantidades, se había impuesto en la Bolsa como un Emperador invencible.

En poco tiempo había alcanzado gran renombre, y basándose en ello y en el poder de su oro, inagotable, tentador, tenía la seguridad de que su hija conseguiría, por su lado, cuanto quisiera en la otra sociedad, tan opuesta en apariencia a otra cosa que a la diversión, pero tan ligada efectivamente a las operaciones bursátiles.

La intención del poderoso padre era, ciertamente, digna de todo elogio. Pero todos sus esfuerzos por conseguir para su hija un puesto entre los aristócratas, no habían logrado más que interesar a los cazadores de dotes y atraerse el ridículo de la alta sociedad.

En aquellos momentos, mientras Merrimore se hallaba presidiendo un consejo financiero, Elena leía en su alhajada casa la siguiente nota de sociedad:

UNA INTRUSA MILLONARIA

La señorita E. M., alegando el oro de su padre, ha pretendido estos días introducirse en los salones de la aristocrática Sociedad Gotham, pero ésta le ha hecho tales demo-

ciones de frialdad, que la intrusa ha tenido que retirarse fracasada.

Merrimore exponía un plan atrevido al consejo que presidía, y como algún miembro le hiciera algunas observaciones, contestóle:

—Señores: la compasión no debe existir más que particularmente, nunca en los negocios.

Elena llamó en aquel preciso instante a su padre al teléfono.

—¿Qué sucede, queridita?

—Ven... Necesito verte... El periódico habla de mí y hace público mi poco éxito entre la buena sociedad... ¡Qué vergüenza y qué dolor, padre!

—No te aflijas, Elena. Voy en seguida a casa, y hablaremos. Tranquilízate. Hasta ahora.

Merrimore disimuló su preocupación, y sin esperar más, despidiose del consejo, diciendo en general:

—Señores: ya tienen ustedes mis órdenes. Asuntos más importantes reclaman mi presencia en otra parte.

Al subir al suntuoso automóvil que le esperaba a la puerta de su palacio comercial, Merrimore ordenó al chófer que lo condujese rápidamente a su casa.

En camino leyó con satisfacción esta noticia de la Prensa:

MERRIMORE, DUEÑO DEL MERCADO

Ha causado gran sensación en los círculos financieros la llegada del Rey del Oro del Oeste, haciendo subir las acciones de su preciosa mina y bajar otros valores.

En una encrucijada, el automóvil de Merrimore hubo de desviarse rápidamente de la calzada hacia la acera izquierda, para no atropellar a un chiquillo que, jugando con un perro, se había detenido distraídamente en el arroyo, teniendo a su lado un cesto de huevos.

En dirección contraria circulaba otro automóvil, y el choque de los dos coches, al enfrentarse, era inminente, o fatal el atropello de la criatura.

Guiaba el segundo *auto* un joven de familia distinguida, llamado Mario Levingstone.

Cuando todo hacía admitir que el niño no se libraría de la tortura de las ruedas del coche, Mario viró en redondo, volcándose su vehículo e hiriéndose él levemente.

Fué cosa de milagro que el niño sólo sufriese la pérdida del cesto con la mercancía que iba a entregar un poco más lejos.

Merrimore se apeó de su coche y contempló, sin moverse, el del desconocido.

¿Se había herido seriamente el joven?

Acercóse, y le tendió la mano al verle que se incorporaba por sí solo.

—Joven, ha salvado usted la vida del niño con riesgo de la suya. Le felicito por su sangre fría y su buen corazón.

El niño llegó hasta ellos, lloriqueando.

—¿Qué te pasa, pequeño? — preguntóle sonriéndole Mario.

El niño le mostró la cesta vacía y la exagerada tortilla que bañaba el suelo.

—Si no es más que eso, consuélate. No llo-

res, hombrecito. Yo te pagaré tu mercancía, pero antes vamos a limpiar esa cara.

La escena era conmovedora. El chiquillo no lloró más, y miraba, agradecido, a Mario. No estaba acostumbrado a que le tratasen con tan-



—*Animo, joven. Nada se pierde si no se pierde la vida.*

to cariño, y los niños, como los perros, aoran a los que les hacen una caricia.

Merrimore no podía sustraerse a la contemplación de aquel cuadro simpático, y admiraba para sus adentros al valeroso y noble joven.

El niño, con el dinero entregado por Mario en el bolsillo, prosiguió su camino, como si

no hubiese ocurrido nada, y Merrimore, cogiendo por su cuenta nuevamente al desconocido, le dijo, arrancándole de su triste ensimismamiento ante el automóvil destrozado:

—Animo, joven. Nada se pierde si no se pierde la vida.

—Si... Claro... Al fin y al cabo, puedo ir a pie.

Estas palabras revelaron a Merrimore una mediocre situación financiera del desconocido, y cumpliendo un deber de caballerosidad, le invitó a conducirlo en su coche hasta su casa, para que se repusiera lo más pronto posible de la caída y pudiese cambiar de ropa.

*
**

Por efecto de un súbito revés de fortuna, la viuda señora Tamaine, hermana de Mario, trataba de desprenderse de sus bienes.

Al llegar a la casa, pues Mario vivía con la viuda, Merrimore echó de ver que el desorden que se observaba en los muebles, algunos de los cuales estaban amontonados, era debido a que iban a ser sacados.

Mario le confirmó su suposición.

—Como usted ve, vamos a subastar la casa y el mobiliario. El pánico que en los valores del Oeste ha producido la llegada de Merrimore, nos ha dejado arruinados.

Merrimore no pudo menos de sobresaltarse, recobrándose al punto.

Mario presentó al amable acompañante a

su hermana, y oyóse en la casa, donde ya había sido pronunciado con amargura, su nombre:

—Yo soy Merrimore.

Los dos hermanos miraron absortos al poderoso minero, y Mario, volviendo a la realidad, hizo su autopresentación y la de su hermana.

—Mi hermana, la señora Tamaine. Yo soy Mario Levingstone, una de las víctimas de usted.

Merrimore dió a Mario unas palmaditas en el hombro, y le dijo:

—Lo siento mucho, pero no debe abatirse. Le queda a usted el mejor capital: su juventud.

—Es verdad, señor. La culpa es sólo mía. En vez de ocuparme de nuestros intereses, he pasado estos días en una excursión marítima.

Un criado atravesó la pieza donde ellos estaban, llevando un niño en sus brazos.

Merrimore se fijó en la criatura, y vió como Mario la besaba y la hacía mimos.

—Es mi hijito. Está muy enfermo, el pobre. Los médicos me dan pocas esperanzas...

Merrimore no quiso estorbar a Mario, que dedicaba toda su ternura a su sobrino enfermo, y despidiéndose de la viuda, le dijo:

—Deseo hablar de negocios con su hermano, esta noche. ¿Querrá usted ayudarme a vencerle?

—¡Oh! Sí, señor...

—Pues, hasta la noche. Nos veremos en mi despacho. Estas son las señas del mismo.

Esperanzada, la viuda se reunió con Mario,

apenas se hubo marchado Merrimore, y le repitió lo hablado con el millonario.

—El señor Merrimore está sinceramente afligido por nuestra situación, y quiere proponerte algo...

—No me fío de esa gente cargada de oro. Seguramente debe querer emplearme en sus oficinas, para humillarme con un trabajo ímprobo y un sueldo indecoroso.

—Hay que sacrificarse, Mario... Necesitamos dinero... Piensa en Ernestín, a quien tanto quieres... Le hemos de curar, pobrecito.

Ernestín miraba con su carita de ángel enfermo a su tío, y Mario no pudo negar nada que pudiera favorecer al niño.

Entretanto, en su casa, Merrimore, enterado de la estúpida nota del periódico referente a la hostilidad con que fué recibida en la sociedad elegante su hija, trataba de consolarla.

—Yo aplastaré a este sucio reptil, hija mía, y te aseguro que compraré todo cuanto se necesite para que tu triunfo sea completo.

—Pero, papá, todo lo que dice el periódico es verdad. No todo se puede comprar con el dinero...

—¿Por qué no? ¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no se dice... Se siente tan sólo... Ninguno de los muchachos que me asedian, conoce mi alma. Ninguno conoce el verdadero color de mi cabello. Todos lo creen del color de tu oro...

—Pero, Elenita...

—Quisiera irme a donde yo no fuese "la chica de oro".

—Es una tontería, Elena. Yo te prometo que sabré...

Una llamada al teléfono interrumpió la plática.

Elena se puso al aparato.

—¿.....?

—¡Ah! Sí, soy yo. ¿Qué tal?

—¿Quién es? — preguntó Merrimore, en voz baja.

—Muy bien, gracias. Voy a hablar con papá ahora mismo. Adiós.

Elena colgó el receptor, y contestó entonces a la pregunta de su padre.

—Era Elvira Loring, nuestra amiga del Oeste, que se nos anticipó un par de años en Nueva York. Está muy bien relacionada, y se la distingue mucho. Dice que su marido y ella dan una fiesta en Newport, donde tienen piscina. Es un lugar delicioso. Me invita a ir con ellos. Pero no aceptaré, papá... no puedo aceptar.

—Eres demasiado buena, hija. Con tu hermosura, ya que no con mi oro, no hay aristócrata que se te pueda resistir. Sé valiente, hija mía, y mira al enemigo a la cara, desafíale, y yo te aseguro que lo vencerás cómo quieras.

—No sirvo para conquistadora, papá... Yo quiero que me conquisten.

Hubo una pausa. Merrimore ardía en deseos de aniquilar a todo el mundo, para ofrecérselo todo a su hija.

De súbito Elena lanzó una exclamación, y abrazando a su padre, le manifestó, alegremente:

—He cambiado de opinión. Iré a Newport, pero no como Elena Merrimore. No quiero ser más "la chica de oro". Estoy cansada de ser una mujer interesante por mi dote. Anhele que se me aprecie por mí misma. En adelante voy a hacerme pasar por Elena Wheler, una pa-



—Iré a Newport, pero no como Elena Merrimore. No quiero ser más "la chica de oro".

riente pobre de los Loring, recién llegada del pueblo, y me casaré con el primer hombre digno que se atreva a pedir mi mano.

Merrimore trató de poner reparos a la idea de su hija, pero con cuatro caricias Elena lo desarmó.

Por la noche, conforme quedó convenido con la hermana de Mario, Merrimore recibió a los dos hermanos en su despacho.

—Hemos venido a ver lo que usted desea proponer a Mario — dijo la viuda al millonario.

Merrimore no se entretuvo en circunloquios.

—He extendido un cheque de cien mil dólares a favor de Levingstone — contestó mostrando el documento bancario.

Mario, sorprendido, rogó una explicación.

—Señor Merrimore, esa es una gran cantidad que no se da sino a cambio de algo también considerable...

—Joven, estoy comprando la felicidad, no importa al coste que sea.

Intranquilo, Mario leyó el documento que le ofrecía a la firma el millonario.

Decía así:

He recibido de Lucio Merrimore la cantidad de cien mil dólares a cambio de la promesa formal de casarme con su hija Elena Merrimore.

La viuda, acariciando la idea de vivir sin preocupaciones, pensando más que en sí propia en su hijito enfermo, no participaba de los mismos escrúpulos que asaltaron a Mario, quien censuró a Merrimore, severamente, su oferta, apenas leído el papel que hablaba de su venta.

—¡Pero esto es absurdo e indigno! Esto lo

ha tomado usted de alguna de esas operetas galantes de la vida de los millonarios...

Friamente, mirando recto al asunto, Merrimore contestó a Mario:

—Déjese usted de tonterías. Al grano: cien mil dólares y mi estimación personal si usted consigue enamorar a mi hija y casarse con ella. Conozco a usted, aunque usted no lo crea, y sé lo que ella vale también. Mi dinero y mi



---Me has dado palabra de hacer todo lo posible para salvar a mi niño.

llaneza de hombre del Oeste han dado a mi hija, en Nueva York, cierta injusta fama de cursilería y ridiculez, y usted es el hombre que podría hacer cambiar las cosas por completo.

—¿Pero cómo voy a casarme con una mujer que no he visto en mi vida?

—No añada una palabra a lo dicho. Reflexione. Dentro de un momento le agradeceré me dé la respuesta.

La viuda habló a solas con su hermano.

—Mario, es una fortuna lo que te ofrecen. Reflexiona bien, no debes rechazarla así... Todo podría arreglarse...

—No puede ser, Esmeralda... no puede ser... Mi dignidad...

—Me has dado palabra de hacer todo lo posible por salvar a mi niño.

—¿Y quieres obligarme a cumplirla, aun tratándose de una cosa así? Pues bien; no creí que tuviese que venderme como una mercancía... pero lo haré por vosotros.

A la viuda le faltó el tiempo para avisar a Merrimore que Mario había aceptado su proposición, y aquél, al reunirse al joven elegido para yerno, le dijo:

—He redactado este contrato por pura fórmula. No tengo inconveniente en suprimirlo, como lo hago, ¿ve usted? Confío en su palabra, porque sé quien es usted.

La fiesta del matrimonio Loring en Newport, junto al mar, era un éxito de bañistas. Las invitadas rivalizaban en mostrar sus "dones naturales", como poderoso imán para pescar tiburones.

Elena había cambiado el color de sus cabellos, y se hizo presentar a todos como una pariente pobre, llamada Elena Wheler.

El matrimonio Loring se había prestado a ello sin el menor reparo, y se mostraba satisfecho del triunfo rotundo que la joven "pueblerina" obtenía entre los peces de todos colores.

Eduardo Loring, el marido, era celoso e impulsivo. Esto era lo único que encontró en



La belleza de Elena subyugaba a todos.

Nueva York, pues en el Oeste vivía más tranquilo.

Su esposa, Elvira, era coqueta e intrigante. Se había enamorado, en un baile de alta categoría, de Mario, y desde entonces — un año atrás — flirteaba con él.

De modo que no era de extrañar que Ma-

rio y su hermana estuviesen en Newport con motivo de la fiesta, mezclados entre los invitados, ignorando que la hija de Merrimore estaba allí también bajo otro nombre.

Esmeralda, la hermana de Mario, había acompañado a la fiesta a su hermano, para recordarle que estaba comprometido con la hija del millonario, a fin de que no cometiese cualquier imprudencia que diese al traste con todos sus proyectos.

La belleza de Elena subyugaba a todos. Tímida de natural, la muchacha se resistía a desnudarse para cubrir su delicado cuerpo con un fino *maillot*, para recreo visual de los pájaros de cuenta, y los invitados, e invitadas también, impelidas por la curiosidad envidiosa, se empeñaban en que los imitase.

Ruborizada, Elena echó a correr, y tropezó con Mario, que entraba en el salón en aquel momento.

— ¡Por Dios, caballero, líbreme usted de la persecución de estos anfibios!

Mario, encantado de aquel encuentro, pues no recordaba haber visto en su vida un rostro tan hermoso como el de Elena, la tomó en sus brazos y rehuyó la persecución de los "listos".

Se presentaron mutuamente, a solas, y desde aquel momento se convirtieron en los mejores amigos del mundo, llevados uno a otro por una viva simpatía brotada apenas se vieron.

Los Loring se habían enterado de la ruina de Mario, y como al llegar a su casa Elvira hizo además de ir a su encuentro, para salu-

darle, su esposo la detuvo, sin poder remediar sus celos, pues sabía lo cariñosa que se mostraba su mujer con el amigo.

—Me parece que debías esperar su salud, antes de darle el tuyo.

—Deja esos ridículos celos, Eduardo. Debemos atender a Mario para que no crea que le menospreciamos por haberse arruinado.

Y Elvira se salió con la suya, para disgusto de Eduardo.

**

Unos días después, Elena recibió este telegrama de su padre:

Señorita Elena Wheeler. --- Villa Loring-Newport. Iré a esa a fin semana. No es necesario romper tu incógnito. Merrimore.

Esa noticia alegró a la joven enamorada, pues ya lo estaba, y con toda su alma, de Mario.

¡Qué contento se pondría el buen padre al enterarse de que ella había encontrado ya — así lo creía — el hombre soñado siempre!

Mientras la alegría de la gentil doncella desbordaba en su corazón, Mario, en el jardín, pensaba en Elena y en el compromiso indigno que había contraído con Merrimore.

¿Cómo había sido posible que él, en un momento de debilidad, hubiese dispuesto de su corazón sin pensar en que algún día, más o menos temprano, encontraría la mujer que tendría derecho a cambiarlo por el suyo?

Esa mujer se había presentado ya. Elena Wheeler era la novia esperada, la que tenía

que llegar un día. Era, pues, imposible cumplir el compromiso, o renunciar a hacer el amor a otra mujer que no fuera la millonaria cuyo



...Mario, en el jardín, pensaba en Elena...

padre deseaba hacerla triunfar en la buena sociedad.

Al llegar a Newport, Merrimore bendijo la casualidad que había puesto frente a frente a su hija y Mario, y celebró sobremana encontrarlos hablándose en el jardín, sin testigos, al menos a la vista.

No quiso estorbarlos. El Destino le ayudaba en su plan, porque estaba seguro de que Mario no sabía que Elena Wheler era la misma Elena Merrimore que, según su compromiso, debía ser su esposa.

El millonario, frotándose las manos de satisfacción, ocultóse para observar a los enamorados.

Elvira espiaba desde hacía un buen rato, indignada de que Mario no le hiciese caso, y comprendiendo el motivo...

Elena, toda a su ilusión, provocó el momento esperado, pidiendo una flor a Mario.

Esa flor estaba muy alta en la rama, y Mario, al cogerla, al mismo tiempo que se la entregaba, dió un traspie y se apoyó en Elena, abrazándola casi.

Los dos cruzaron sus miradas, y movidos por un mismo impulso, contenido mucho tiempo, no pudieron separarse.

Mario miró al fondo de las pupilas de la amada, y al ver brillar en ellas la verdad, rompió con todo prejuicio y la besó apasionadamente en los labios.

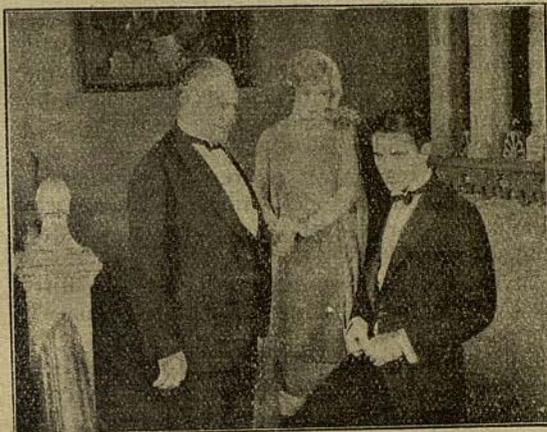
—¡Te quiero, mi vida!

Elvira se apartó enojadísima de su observatorio, y al encontrarse con Merrimore ocultóle su excitación.

—Señora Loring, no he podido llegar en mejor momento. Mi hija Elena y Mario Levingstone se han enamorado y parece que tienen prisa por casarse. Esta es la mayor alegría que yo podía recibir. Pero le he de pedir un favor. Mario no sabe que Elena es mi hija,

y convino conmigo, porque yo se lo propuse, considerándole un perfecto caballero, que la enamoraría, para que fuese bien recibida en todas partes del brazo de un hombre como él. Conviene no descubrir el secreto, y ya veremos cómo terminan esos amores.

Un poco después, Elena veía a su padre en



Mario se encontraba violento entre el millonario y Elena.

el salón de los Loring, y venciendo el primer impulso de abrazarle, limitóse a estrecharle la mano, como a un amigo, delante de Mario, diciéndole:

—Encantada de que conozca usted al señor Levingstone.

Mario se encontraba violento entre el millonario y Elena. ¿Sería capaz aquel hombre tan claro de censurarle la menor franqueza con las mujeres, debiéndose como se debía a su hija, que no había tenido aún ocasión de presentarle?

Para disimular, el millonario dijo a Mario:

—He conocido mucho al padre de Elena Wheler en el Oeste. Fué mi mejor amigo.

Mario buscó un pretexto para separarse de Merrimore y Elena, y retiróse a su habitación, maldiciendo la coincidencia de conocerse tan íntimamente el millonario y la mujer que él amaba sobre todas las cosas.

Elena confesó a su padre su felicidad teniendo la seguridad del amor de Mario, y el millonario guardóse el secreto de su satisfacción sin igual.

Elvira, no dispuesta a renunciar a su "flirt" con Mario, buscaba un modo de ganar la partida.

En tanto, Mario, meditando sobre su delicada situación, se decidía a romper su compromiso con Merrimore, devolviéndole el cheque, a cambio de su libertad de acción respecto a la gentil Elena Wheler.

Mario depositó la carta en la cartera destinada a recoger la correspondencia de la casa, y apenas lo hubo hecho, su hermana se le presentó y le dijo:

—Anoche te vió Merrimore muy entusiasmado con la señorita Wheler. No ha podido menos de decírmelo. Eso no está bien, Mario. Tú estás comprometido con su hija.

—No importa. Precisamente acabo de escribirle rompiendo mi compromiso y devolviéndole su cheque — contestó Mario resueltamente.

Esmeralda protestó para sí misma de ello, y cuando Mario hubo vuelto la espalda, apoderóse de la carta en cuestión, no dándole curso.

Elena apareció ante ella en aquel momento, y Esmeralda, dispuesta a ayudar a Merrimore a casar a Mario con su desconocida hija, dijo a aquélla, con naturalidad:

—¿Busca usted a Mario, señorita Wheler? Está muy atareado. Es natural. Como esta noche se anunciará su próxima boda...

—¿Su boda?... ¿Dice usted que se casa?... ¿Con quién?

—Su novia es una rica heredera que será dueña de minas y ferrocarriles.

—¡Ah! Es rica...

Mario, como ella a él, buscaba a Elena, y al encontrarla con su hermana se reunió con ellas, pero Elena se apartó de su lado al mismo tiempo, disculpándose de no salir a pasear.

—Perdóneme usted, pero tengo un fuerte dolor de cabeza.

Cuando quedaron a solas los dos hermanos. Mario preguntó a Esmeralda si había cometido la indiscreción de decir algo a Elena de lo hablado anteriormente con Merrimore, y la viuda negó fríamente, creyendo obrar bien.

También Elvira Loring había tomado una resolución durante la noche, y Mario recibió

aquella tarde la siguiente nota procedente de ella:

¿Ya se ha olvidado usted de nuestra buena amistad de siempre?

Necesito hablarle de un asunto muy importante.

Le esperaré en la Quinta Carlini, donde cenaremos.

Elvira Loring

Intrigado por esta nota, Mario se dispuso a reunirse con la coqueta en el hotel Carlini, y al punto de marcharse de la casa de los Loring, su hermana Esmeralda le preguntó:

—¿Adónde vas, Mario?

—A cenar al Carlini.

—¿Con Elena Wheler?

—No, mujer. Con Elvira.

Peor le fué a Mario decir la verdad, porque Esmeralda, que había observado a Elvira, comprendía que quería a su hermano, a pesar de no ser ella libre, y que haría todo lo posible por impedir que él observase una conducta irreprochable, a fin de que no pudiese casarse con ninguna mujer...

Para Esmeralda, pues, Elvira era un gran peligro, y obsesionada por la idea de la pobreza, que le inspiraba horror, recurrió a un desesperado extremo para vencer el obstáculo fatal que se alzaba en el camino que le había trazado a Mario el millonario.

Sin detenerse a meditar su gran paso, fuese Esmeralda al encuentro de Eduardo Loring, y

le reveló bruscamente, insensatamente, el interés que había adivinado en Elvira hacia Mario.

Las sospechas de Eduardo viéronse rotundamente confirmadas, y el celoso, ante el hecho de que en aquellos momentos su esposa debía encontrarse sola con Mario en el hotel Carlini, cegó, y apoderándose de un revólver, hizo el gesto de marcharse a reunirse con los culpables.

Esmeralda comprendió entonces, en toda su gravedad, su error, y trató de oponerse a que Eduardo fuese a cumplir su amenaza terrible contra los supuestos amantes.

—¡Apártese! — gritó Loring. Y como Esmeralda se resistía a obedecerle, la tiró al suelo de un golpe brutal.

Esmeralda buscó socorro, y al tropezar en Elena, le reveló la tragedia en puerta.

—¡Loring va a sorprender a Elvira y Mario, que están cenando en Carlini, y quiere matarlos!

Elena se dió cuenta de la gravedad del caso, que no tenía solución posible, y aferrándose a una idea salvadora que se le ocurrió en momento tan crítico, enteróse por Esmeralda de la dirección del Carlini, y montando a caballo y acortando el camino a campo traviesa, llegó al hotel antes que el marido ofuscado.

Conducida a la habitación reservada donde hablaban Elvira y Mario, les comunicó la inminente llegada de Loring, y sentóse a su mesa con ellos.

Loring llegó poco después, y su asombro fué

desconcertante al encontrarse con que su esposa no cenaba sola con Mario, sino con su amiga Elena y el joven aristócrata. Cambiaba la cosa. Sin embargo, aun dudaba, y como



---Este es un pequeño convite en obsequio mío... para celebrar mi próxima boda con Mario.

quiera que Elena vió que el celoso tenía asegurado en su mano derecha el revólver que llevaba en el bolsillo, y cuya culata asomaba levemente por la abertura, justificó la cena y la presencia de Elvira.

—Esto es un pequeño convite en obsequio mío... para celebrar mi próxima boda con Mario.

Y aunque a Elvira no agradó la salida de su amiga, quedaba salvada la grave situación.

Mario sintió renacer en él la esperanza, pero pronto se convenció de que lo de Elena no había sido nada más que una estratagemata para salvarle de las iras del marido celoso.

De regreso a la casa de los Loring, Mario suplicó a Elena que le escuchase, pues estaba dispuesto a darle toda clase de satisfacciones.

—Quizá crea usted que yo tengo simpatía por Elvira... Si fuí a cenar con ella fué por...

—Yo no necesito sus explicaciones. Puede usted dárselas a su prometida, esa joven tan rica, según su hermana.

—He roto mi compromiso con ella, porque yo la amo a usted, Elena. Y ahora veo que tenía yo razón de temer que mi hermana había hablado demasiado.

—No quiero ver a usted más. No vuelva a hablarme.

—¡Elena, por favor!

—¡Déjeme!

—¡No puedo! Yo te amo, y has de creerme. No quiero a nadie más que a ti, y tú misma me estás diciendo, con tus celos, que me quieres. ¡Te adoro, mi bien, te adoro!

Elena se dejaba convencer. Era lógico, pues quería a Mario y necesitaba creerle.

Sin embargo, cuando todo hacía suponer que la reconciliación de los dos enamorados era un hecho, presentóse ante ellos Elvira, herida en lo más vivo por el desdén de Mario, para acusar a éste de falso caballero.

—¡Muy bien! Voy a decirle al señor Me-

rimore que le felicito por el éxito de sus planes.

—¿Qué dice usted, Elvira? — preguntóle, asustado, Mario.

—Enhorabuena, querida — prosiguió Elvira dirigiéndose a Elena. — Mario se comprometió con tu padre para casarse contigo, y veo que ha sabido enamorarte. El premio debe ser un buen pico de dólares, porque el pobrecito muchacho está arruinado.

Mario y Elena miráronse con intensa sorpresa.

—¿Usted es la hija del millonario Merri-more? — dijo Mario a Elena.

La joven, cruelmente desengañada, indicóle que se alejase de su lado, que le inspiraba asco.

—Los hombres que pretenden conquistarme, descaradamente, por mi dinero, me respetan más que usted. Al menos ellos no fingen esas comedias de amor.

—¡Elena, Elena, yo soy un hombre honrado! Déjeme que le diga...

—Es inútil.

Elena retiróse a su habitación, y escribió la siguiente carta a su padre, bañándola de amar-gas lágrimas:

He descubierto a tiempo el juego del hombre que destinabas para mí. No consentiré nunca esa indignidad. Con ese plan insensato has destrozado mi corazón. Ya veo que todos los hombres aman a las ricas sólo por su di-

nero, y puesto que ese es mi destino, volveré a ser la "chica de oro".

Tu desgraciada hija,

Elena

Algún tiempo después, el millonario Merri-more reunió a todas sus amistades en una fiesta, un baile original en los subterráneos de su famosa mina "Tesoro del Oeste".

Mario presentóse en la fiesta.

—No hubiera venido aquí al recibir su invitación, que mucho agradezco, si mi hermana no me hubiese confesado, arrepentida, que había retenido el cheque que le devolví a usted en fecha muy atrasada, como puede comprobar por esta carta — dijo al millonario.

Elena se disponía a beber una copa de champagne cuando entró en la mina Mario.

Al verle, levantó la copa en alto, y dijo, mirándole fijamente:

—¡Por los enamorados galanes que sólo aman el dinero!

El brindis fué coreado, y poco después, mientras Elena se entregaba al ritmo de un baile con uno de los invitados, amigo de las muchachas ricas, Mario se opuso a que bailase, y cogiéndola de una mano, le dijo:

—He venido nada más que para poner las cosas en claro.

La empujó hacia una galería apartada de

los demás, y allí se desbordó su pesar en magnífica confesión.

Bruscamente, sonaron pitos y oyéronse gritos desgarradores.

—¡ Todo el mundo a los ascensores! ¡ Se ha derrumbado una galería!

Los invitados corrían de un lado a otro des-pavoridos. Los ascensores funcionaban sin cesar entre gritos y lamentaciones sin fin.

Los mineros se habían puesto rápidamente en salvo, pero no pudieron hacer lo mismo Elena y Mario, que quedaron encerrados en un reducido recinto.

El millonario, que había visto a su hija alejarse con Mario hacia la galería derrumbada, pedía como un demente que los salvaran, y él mismo escarbó la tierra y separó las piedras para poder comunicarse con los dos seres que más quería en el mundo.

Mario estrechó dulcemente a Elena en aquellos instantes en que la muerte planeaba sobre sus cabezas, y le murmuró:

—Aquí, sepultados sin esperanzas de salvación, ¿podrás creer, Elena, que mi amor era sincero y desinteresado y que te amé desde el primer momento sin conocer tu nombre ni sospechar tu fortuna?

Elena no le contestó, pero sus brazos apresaron al amado.

El amor triunfaba, pero la vida se moría como la luz que ardía en aquella cárcel en un cabo de cera.

—Esto se acaba, Elena — le dijo Mario, refiriéndose a la claridad. — Amada mía, quie-

ro llevarme la memoria de tu rostro divino a las tinieblas...

Pero los trabajos de salvamento vencieron a la muerte, y el millonario Merrimore mismo fué quien sacó de su encierro a su hija y al que sería pronto su marido.

Y unos días después, el triunfo de un amor puro y desinteresado convirtió a la pobre rica "chica de oro", en la mujer más feliz del mundo.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Próximo número: EXTRAORDINARIO

Sábado, 26 del corriente junio

LA GRANDIOSA SUPERPRODUCCIÓN

LAS CÓMPLICES DE LOS HIJOS

Novela de emocionante argumento, interpretada por la gran artista viuda del malogrado WALLACE REID

INTERÉS :: VERISMO

Portada bicolor — — 64 páginas
Numerosas fotografías

Postal-fotografía regalo: WALLACE BEERY

Precio especial: 50 cts.

Compre usted el mismo sábado, día 26 de junio,
este precioso NÚMERO EXTRAORDINARIO

UN ÉXITO ENORME ha obtenido la nueva edición de

LOS HIJOS DE NADIE

de la BIBLIOTECA *Los Grandes Filmes*
de la LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Portada bicolor :: 64 páginas :: Precio: 50 cts.